

## VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

### LA PUNTILLA.

Por Federico Villoch.

**I**NFELIZ el mortal que no tenga un entretenimiento fuera de sus ocupaciones habituales: la caza, la pesca, la natación, la jira campestre dominguera, etc. Durante toda la semana lo acompañará en su brega profesional, como un lenitivo, la preocupación de ese recreo de ese hábito que ha llegado en fuerza de los años a constituir su segunda naturaleza. Hombres graves y sesudos que en sus días de trabajo no osan ni levantar la vista para mirar a derecha a sus semejantes, no tienen inconveniente, llegado el domingo, que es el indicado día de dar rienda a su gusto, en alternar con aquellos oscuros y humildes que profesan sus mismas inclinaciones, y que vienen a resultar como miembros o hermanos de una misma cofradía. Nuestro amigo, el ilustre abogado y hombre público don Manuel Mañas, ya fallecido, nos refería, regocijado, las mil satisfacciones que le procuraba su desmedida afición por la caza, preparando ya la nueva partida desde el momento mismo en que tocaba a su fin la presente.

Y lo mismo otros amigos entusiastas de la pesca; y de igual modo otros que se encantan con sus paseos dominicales a las afueras. En un tiempo figuramos entre estos últimos, con el que fué nuestro amigo Elías de los Ríos; no quedó pueblo de los alrededores de la Habana, ni restaurant, ni fonda, ni bodegón de ellos, que no visitáramos los domingos, para tener el gusto—o creer nos que lo teníamos—de almorzar en los mismos un mal arroz con pollo, o un modesto guisado, que mejor se encontraba en cualquier fondín de nuestro barrio; pero el placer no radicaba precisamente en el hecho consumado, sino en el proyectar, detallar y concertar la jira, desde el lunes, hasta el momento de la partida, el domingo por la mañana. No se crea que la glotonería era la que nos inspiraba. Con frecuencia, llegado a uno de aquellos sitios, después de múltiples afanes y molestias, habíamos procedido merced a equivocadas informaciones, y no había tales fondas, ni merenderos, y teníamos a lo último que conformarnos con un par de malos sandwiches de jamón seco y queso duro, comidos de pie y entre una nube de importunas moscas y otros insectos voladores, ante el nada limpio mostrador de una bodega de campo...

De aquellas excursiones recordamos con mayor complacencia, la que hacíamos algunos domingos, al poético pueblecito de Arroyo Naranjo, donde nuestro amigo Ramón Pérez y Menéndez poseía un almacén de víveres frente a la espléndida finca de recreo que tenía en dicho pueblo el entonces muy popular y conocido doctor Manuel Bango, Director de la Quinta de Salud La Covadonga, del Centro Asturiano. A veces nos acompañaba en estas excursiones a Arroyo Naranjo un sobrino de él, del propio apellido, y ya también muerto, contortulio muy ameno en nuestra peña nocturna del café El Central; y cuando eso sucedía, teníamos el gusto de visitar la magnífica biblioteca que en dicha finca poseía su propietario, un amplio y ventilado salón en el frontispicio de cuya puerta de entrada había grabado aquel sibarita la palabra OASIS; y allí lo último en ciencias, sociología y literatura, en libros, periódicos y revistas que hojeábamos encantados, mientras el propio sobrino del doctor Bango preparaba el almuerzo en el almacén de Ramón Pérez, entre chirriar de sartenes y borbotear de cacerolas...

Los viejos vecinos de Arroyo Naranjo recuerdan con cariño a Ramón Pérez. Establecido allí desde joven, casi a su llegada de España, con buena fortuna, contribuyó siempre, personal y económicamente, a cuantas mejoras se llevaron a cabo en aquel pueblo. La pequeña Iglesia que allí existe fué levantada sobre terrenos de su propiedad, que él cedió generosamente al Obispado, trabajando además en persona en su construcción, pues era albañil, pintor, carpintero, etc., y recogiendo de puerta en puerta el dinero necesario para las obras. Vivió en Arroyo Naranjo rodeado de amigos, tomando a menudo parte en las fiestas del pueblo, que él alegraba con sus tocatas de acordeón, instrumento que manejaba con habilidad; hasta que, enfermo, regresó a su pueblo, la aldea de Setienes, en el partido judicial de Lueca; y en su casa natal conocida por Los Palacios, falleció; tuvimos el gusto de compartir la amistad de Ramón Pérez, y fuimos su compañero de viaje en el vapor «España», en su última visita a la Madre Patria.

De esos entretenimientos dominicales a que nos venimos refiriendo, ninguno más divertido, ni pleno de emociones, ni más pintoresco en sus detalles que el de la pesca; ni



2

tampoco, entre nosotros los habaneros, ninguno más favorecido. Puede asegurarse que no existía en nuestra bahía sitio más popular y frecuentado que el que se conocía, próximo a su entrada, con el nombre de LA PUNTILLA, algo así como nuestro Puerto de Palos de Moguer, de donde salían mar afuera, en sus frágiles canoas-carabelas, los atrevidos nautas del litoral, pescadores arriesgados, a la conquista del pargo sanjuanero; de la fina y aristocrática cabrilla y la fantástica aguja del paladar de quince y veinte arrobas. Así como los compañeros de Colón acabaron por ver, atenaceados por la desesperanza y el nerviosismo de su interminable ruta, fantasmas y quimeras y peces monstruos que sacaban su enorme cabeza de entre las olas, así también los pescadores habaneros se encontraron más de una vez, navegando en esos «océanos de San Lázaro», el pez monstruo que reina en ellos, como un jefe político sobre sus atemorizados subalternos, al que se le describe de inconcebible tamaño, grabado en su lomo algo así como un enorme tablero de ajedrez, los ojos tamaños como la farola del Morro, la cola de cientos de yardas, etc., etc.

Un día del año mil novecientos veinticuatro o veinticinco, uno de esos arriesgados pescadores que habían salido a rendir su acostumbrada faena, lograron, allá por las alturas de Cojímar, clavarle el arpón, si no al pez monstruo, a uno de la familia, conocido por «PEZ DAMA», y conducido a tierra el enorme cetáceo que pesaba la mar de arrobas, lo exhibieron, como recordarán nuestros lectores, a veinte centavos la entrada, bajo una amplia tienda de lona levantada ad-hoc en la pintoresca playa de Jaimanitas. ¿Dónde está el «Peje Prodigioso» que se le resista a los valientes pescadores del litoral de San Lázaro? Algunas veces estos ligeros e indefensos botecillos se alejan más de lo conveniente de la costa, en su afán de pescar a mayor altura, viéndose de buenas a primeras ante una fuerte galerna que los zarandea como cascarnes de nueces; y ahí lo del poema «LA PESCA», de Núñez de Arce:

Quédase muda de estupor la gente,  
Negra, inmensa, sugiente,  
rueda la tempestad con ciego empuje;  
eual fogoso bridón que se desboca  
la ola adelanta, choca  
contra la barca, retrocede y ruge...

... ..

Una corta temporada fungimos de «yatchman», allá por el mil novecientos veintiseis, y realizamos varias excursiones costeras en el lindo yate «Lobo Segundo», en compañía de sus propietarios Sánchez Ocejo, Vallina, Dufedé, Fransua Roca y otros, la más ex-

tensa de aquéllas, desde la desembocadura del Almendares a los depósitos de Belot en la bahía. En este pequeño trayecto echábamos a veces la pita por distracción, y pescábamos algún que otro serruchillo de los que llaman de costa, de más espinas que carne, y que regalábamos al desembarcar en «El Farito» de Almendares, al primer pilla de playa que encontrábamos. No fueron sin embargo poco fructíferas aquellas excursiones, pues de ellas salió el estreno de una de nuestras producciones teatrales mejor acogida por el público, la zarzuela «El Lobo Segundo», en la que tuvo ocasión, una vez más, el aplaudido escenógrafo vernáculo Nono Noriega, de lucir sus facultades artísticas.

Con menos años entonces, y con más recursos económicos, no tardó en picarnos la «víbora náutica»; y de allí fué el entrevistarnos con los armadores de las riberas del Almendares, en solicitud de modelos y presupuestos para hacernos a nuestra vez de un yate en las mejores condiciones, y alternar con los que se mecían en la desembocadura de aquel río, ya luciendo la gallardía de su estructura, ya preparándose entre alegres voces y risas para una excursión a Varadero o a los Cayos, pródigos en abundante pesca; ya deshaciéndose a pedazos en el abandono, el aburrimiento y el hastío a que llega, a la postre, todo deseo humano. Le íbamos a llamar el «Bel Amí», como el de Guy de Maupassant. Pero nuestro yate quedó en proyecto; y no zarpó más allá del mar fantástico en que estos planes suelen mecerse y zozobrar al cabo, permitiéndonos, no obstante, gustar el inigualado encanto de las cosas no realizadas...

En la larga lista de aquellos antiguos aficionados a la pesca, que en la madrugada de los domingos se citaban y reunían en la Puntilla, enredados en sus trebejos, sus nasas, sus cañas, sus pitas, sus anzuelos, sus jabucos, sus canastillas repletas de carnada, sus palagres, sus jamos, etc., etc., se recuerda a un buen número de gentes acomodadas y del Comercio de «allá abajo»; y sobre todo, perenne está en nuestra memoria y en nuestro corazón, el recuerdo del rico y apreciado comerciante Francisco Menéndez y Pérez, nuestro tío político, casado con la hermana de nuestro padre, Cristina Villoch, padres del conocido e ilustrado comandante de nuestra Marina Nacional Salvador Menéndez Villoch y sus hermanos Panchito, Cristina y Teresa; fiel devoto de su afición piscatoria, Menéndez, aunque no se sentía bien de salud, no obstante, acudió puntual como de costumbre uno de aquellos domingos—el 16 de junio de 1901—a la cita de sus amigos; y tras un repentino ataque del corazón, falleció en



una de las habitaciones interiores del Café El Alba, de su propiedad, situado allí próximo, en Morro esquina a Cárcel, rodeado de sus más íntimos colegas...

Acompañaban, por lo general, en estas excursiones, a «Don Pancho», como cariñosamente le llamaban a Menéndez sus colegas, varios almacenistas del comercio de la Habana vieja—en el que figuró durante largos años establecido, primero, en Sol No. 4, Jaca Menéndez y Comp.; después, en Oficios 2, Menéndez Mujica y Comp.; y últimamente, en Teniente Rey 5, Menéndez y Comp., la que formaban sus antiguos dependientes Ruperto Arana, Ascencio Ezeizabarrena e Hilario Mujica; acompañaban a don Pancho, decíamos, en sus excursiones piscatorias domingueras, Pablo Orella, agente corredor de gran crédito en nuestro mundo comercial, padre de nuestro compañero en la prensa, señor Orella, redactor de «El Mundo» (ya fallecido); algunas veces también formaba en el grupo su sobrino carnal, Manolo Menéndez, solitario misántropo que se pasaba la semana entera sentado ante una mesa del Café Las Transferencias, de Galiano y Trocadero, esperando la excursión del domingo para sonreírle un poco a la vida; el conocido almacenista Damián Rabasa; Pancho Miró, padre del bombero doctor Miró, dentista, que sucumbió en la catástrofe del 17 de mayo; Pancho García, a quien cariñosamente le llamaban sus amigos Pancho «La Vieja», rico comerciante que murió en el naufragio del vapor «Borgoña», el año 1898, en un choque a la salida del puerto de New York; y Raúl Mediavilla, dueño de varios viveros, «que nunca—decía él—comía más pescado que los que pescaban sus barcos». Mediavilla murió, como se sabe, asesinado alevosamente por rivalidades de empresa, según se dijo. Los pescadores lo querían como a un padre. Era padrino de casi todos sus hijos; y las fiestas de aquellos bautizos se celebraban con la mayor esplendor. Intimamos con don Manuel, su padre, correcto caballero, administrador del periódico «El Mundo», allá por los años 1908—10—12 etc., y fiel asistente a la segunda de Alhambra, donde, en la luneta cabecera de la quinta fila, echaba todas las noches un tranquilo sueñecito, de diez a diez y media, arrullado por la dulce voz de la tiple criolla Pilar Jiménez, y la fina y apasionada del tenor, rey entonces de la guaracha y los «bambucos», Adolfo Colomo, que figuraban en primera línea en aquel inolvidable conjunto artístico vernáculo. En las funciones sabatinas de Al-

hambra se reunían los almacenistas e industriales más nombrados de la Habana, y entre ellos, desde luego, los componentes de estas jiras que referimos, dándose cita allí para la mañana del siguiente domingo en La Puntilla: fué allí también la última vez que vimos con vida a nuestro tío político Menéndez (el sábado 15 de junio de 1901) a la sazón que se representaba, a teatro lleno, como de costumbre, nuestra obra recientemente estrenada «El Castillo de Atarés». Se regocijaba con nuestros triunfos teatrales como si fueran los de uno de sus hijos; bien es verdad que como tal nos tuvo desde que contábamos nueve años...

Pocas veces faltaban a aquellas excursiones piscatorias de Pancho Menéndez, el pintor de oficio, Miralles, vecino de Regla, uno de los más entusiastas de la partida, y el popular «Pancho, el Noy», carrero que era de la Cervecería La Tropical. El más alegre y animado era «Panolla», quien recogió a Menéndez cuando en el Prado le sorprendió la «fatiga» y con otros lo condujo hasta el Café «El Alba». En los portales de este Café en unos enormes ganchos que había clavados en las paredes, se colgaban las agujas pescadas por los profesionales y aficionados de la barriada, algunas de 18, 20 y 25 arrobas. En los terrenos que ocupaba el Café «El Alba»—verdadero café de marineros y pescadores, al estilo de los del Sardinero de Santander, que describe don José María Pereda en su inmortal novela «Sotileza»—se levanta hoy el palacio de la familia Velazco-Sarrá. Conducía siempre a estos alegres excursionistas en su guadaño, el popularmente conocido patrón, «Gallego Seboruco».

El «Tío Pepe», hermano de Francisco Menéndez, también pescador entusiasta, del comercio y padre de Manolo y Rafael Menéndez, éste entonces consocio de la casa que giraba en nuestra plaza bajo la razón social Alonso Menéndez y Comp., tomaba a menudo parte en aquellas excursiones, recordando siempre las suculentas truchas que de joven había pescado en el poético Nalon, de Trubia, y en el río Negro, de Luarca, de cuya pintoresca villa cántabra era oriunda la familia Menéndez. Era además el «Tío Pepe» un chambrista formidable, que sabía hacer excelentes guisos con las agujas, las chernas, pargos y demás productos de aquellas excursiones, saboreados en el citado café «El Alba», o en la casa particular de algunos de los excursionistas; guisos que preparaba y



4

conducía refiriéndoles al propio tiempo a los concurrentes a la fiesta amenas e interesantes historias de pescadores, tanto de estas playas, como de los de la «salinas», en su citada villa natal de Luarca, cuando él la recorría de muchacho. Se encantaba recordando las grandes lanchas «boniteras» que arribaban al malecón de la villa, cargadas del sabroso pez, tintas en su roja encendida sangre, como mataderos de reses. Tenía siempre en los labios aquella playa; aquellas rocas y arenales cundidos de percebes y berberechos; el «Vaporín de Navia»; los bergantines cargados de nueces y avellanas que salen de Luarca para Inglaterra; las «traíneras», sacudidas en la cúspide de las grandes olas que revientan como cañonazos al pie de la farola de Bustos... Murió el «Tío Pepe» en edad bastante avanzada, siempre rodeado de sus redes, jamos, anzuelos y demás trebejos de pescar...

Muchos aficionados, ya porque no tenían con qué pagar el alquiler del bote, o bien porque padecían de mareos y rehusaban embarcarse, se reunían y sentaban en los arrecifes llamados de la «Anclita», próximos al Castillo de la Punta (allí se amarraba un extremo de la cadena que partía del Morro y se usaba para cerrar el puerto, antiguamente) donde pescaban con caña; pero no nos detengamos en ello, porque como dice el canto popular:

**Pescador de caña,  
Pescador de nada,  
Pescador de cuerda, etc.**

Había guadaños que tenían nombres originales y pintorescos: el «Allá Voy»; el «Sigueme»; el «Jesús me Valga»; el «Escabeche» y el «Los Cuatro Amigos», perteneciente éste a uno de los pescadores aficionados más conocidos de entonces en los alrededores de La Puntilla, Lorenzo Arango, cuyo hermano político, el popular Lili, murió asesinado, empleando el agresor como arma homicida un afilado «Pico de Aguja». El ambiente, se diría.

Los descoloridos del «tiempo España» no habrán olvidado aquella animada y pintoresca «Pescadería», situada en la confluencia de las calles de Empedrado y Tacón, al arranque de la antigua «Cortina de Valdés», en donde se exponía para la venta el pescado que se consumía en la Habana, tinglado en forma de glorieta, con mostrador circular, y sitio mal oliente y antihigiénico de los primeros que hizo desaparecer la Sección de Sanidad de la Intervención Americana, ape-

nas se hizo cargo del Gobierno de la Isla. De aquella ensenada salían, en tiempos de la Colonia, los barcos y los viveros que se dedicaban a la pesca, en su mayor parte pertenecientes al acaudalado prócer don Pancho Marty, fundador del Teatro Tacón, que hizo su capital con aquella industria.

En aquella fecha, de 1894 a 1900, etc., tenía más importancia para los aficionados a la pesca el desembarcadero de La Puntilla que la desembocadura del río Almendares, la que el «dinero de la República» no había tenido tiempo aun, como lo hizo más tarde, de llenar de yates de alto porte y otras embarcaciones de lujo: trazada la línea divisoria, La Puntilla quedó al fin como un desembarcadero modesto y democrático, algo sí como la Bahía del Mariel; y la otra, como un puerto de alta importancia, el Havre, Liverpool, etc. Antes de levantarse el magnífico Malecón de la bahía, que le debemos al inolvidable y dinámico Carlos Miguel de Céspedes (¿los Cancilleres y los Leones hubieran admirado esa grandiosa zona del Capitolio, sino hubiera sido por él?) antes de realizarse aquellas obras, La Puntilla se hallaba cerca de la que entonces se conocía por «La Pila de Neptuno», metros más o menos, donde hoy se levanta el monumento del Generalísimo.

Entre los artistas teatrales, se destacaba como uno de los más entusiastas aficionados a la pesca, el aplaudido y popular actor vernáculo Julito Díaz, quien, al menos en su tiempo, no sabemos si aun perdura en él la afición, se gastaba sus ahorros en jiras piscatorias, avíos de pesca, botes, etc. Recordamos un bote que poseía con todo lo preciso para el caso, y que le costó más de seiscientos pesos, Chicho Plaza, también actor aplaudido del inolvidable Alhambra, otro aficionado de fama.

Daba gusto en aquel entonces ver cómo se repartían de casa en casa, el día 24 de junio, por la mañana, los hermosos pargos sanjuaneros con que los pescadores del litoral obsequiaban a sus amigos de la Calzada de San Lázaro: uno de los encantos de la Verbena era ir a comer a casa de algún Juan amigo (Juan Gratacós, Juan Miró, Juan Domenech) uno de aquellos hermosos pargos asados, hasta de ocho y diez libras. Claro que hoy también se comen; pero traídos de las neveras de los Mercados, que no es lo mismo; y en cuanto a que se regalen, la frase popular asegura que «Regalado se murió»...



No cabe duda que aquellas antiguas verbenas habaneras tenían un olor sui-generis cada una: la de San Rafael, en la Loma del Angel, olía a frituritas de maíz; la del Pilar, a lechón; la de los Desamparados, en Monserrate, a ponche de leche; la de la Verberna de San Juan, a pargo asado.

Los postalistas del futuro citarán en su día entre los modernos «fieles de la aguja», a los destacados pescadores del presente: Gustavo Dora, Alfonso y José Gómez Mena, Angel Vieta, Loló Vinent, Elizarda San Pedro, F. Steinhart Jr., A. Maciá, Manuel de la Uz, Jorge Conill y otros que de continuo se las lían con agujas de 140, 160 y 175 libras en las playas de Guanabo, Santa Fé, Cojimar, La Chorrera, etc. Alguna vez presen-

ciamos el arribo a La Puntilla de varias canoas estremecidas de abundante y variada pesca, y el espectáculo de esta muchedumbre de peces, vivitos y coleando, y de clases tan diversas, nos inspiró, a la sazón que escribíamos nuestra revista cómico-lírica «La Carretera Central», la creación de un pillo de playa que figura en uno de sus cuadros (en el de la playa de Bellamar de Matanzas) que desempeñó con la vis cómica y movilidad acostumbradas nuestra aplaudida actriz Blanca Becerra. Le preguntaban al pillo qué peces eran los que llevaba en su canasta, y él respondía, de memoria, y de una sola tirada:

—Oye, mi hermano,  
y así podrás conocer  
el tesoro inapreciado  
de peces que el mar Caribe  
nos ofrece a los Cubanos.

Cobraba aliento, y disparaba esta andanada:

Cherna, Cabrilla, Mojarras,  
Biajaiba, Serrucho, Pargo,  
Rabirrubia, Salmonete,  
del blanco y del colorado;  
Pintada, Morena, Aguja,  
Ronco, amarillos, y blancos;  
Cochinos y Vieja-Lolas,  
Masabí, Sisi, Sobaco,  
Jiniguano, Palometa,  
Caballerote, Dorado,  
Caguama, Agujón, Doncella,  
Cojinúa, Pulpo, Sábalo,  
Gallego, Jurel, Majúa,  
Guasa, Civil, Bacalao,  
Pega, Carón, Salmonete,  
Lisa, Picúa, Guaguanchos,  
Cubera, Barbero, Vieja,  
La Corúa, El Colorado,  
Sardinas de veinte clases,  
y el delicioso Róbalo:  
Con que si quieres, me avisas,  
y te preparo un buen rancho.

Y contestaba el paseante:

Y cojo un ciguatera,  
y derecho al campo santo.

Estos modestos pescadores de La Puntilla suelen vérselas a menudo con múltiples y

5

178

feroces tiburones que los atacan al olor de la carnada que llevan en sus débiles e indefensas canoas. Cuando sale mar afuera el remolcador de la basura, una nube de ellos se precipita resoplando detrás de las balsas que aquél conduce; y todo lo que cae al agua en aquel momento desaparece en el acto. Triturado y engullido por las dentelladas de los hambrientos perseguidores. En un tiempo pagaba el Municipio una gratificación por cada tiburón que se pescaba; pero desapareció la costumbre, y llegó por el contrario a prohibirse la pesca de aquéllos, so pena de fuertes multas; como si los tiburones terrestres experimentaran profunda conmiseración por sus colegas marítimos.

De muchacho recordamos aquel popularísimo y valiente pescador de tiburones llamado Jiménez. Decíase que se arrojaba al mar a pelear con ellos cuerpo a cuerpo, llevando agarrado entre los dientes un afilado cuchillo, el cual a su tiempo, a la mitad de la lucha, se lo clavaba en medio del vientre al terrible escualo. Cuando se corría la voz de que Jiménez había pescado un tiburón, los muchachos que vivíamos próximo al litoral nos apresurábamos a verlo colgado, cuando antes no lo paseaban por las calles en un carretón, bien en La Puntilla, bien en la caleta de San Lázaro, llamada entonces el «Baño de los Caballos»; y era sabido que cada uno de aquellos tiburones tenía su historia particular interesante, siendo la más corriente y repetida, la de que se le había encontrado en el vientre la pierna de un escapado de presidio, con su correspondiente grillete. Jiménez era isleño, y murió en los primeros años de la República. Corriase que había salvado a muchos cubanos, llevándolos en su bote, en ambas guerras separatistas, a Tampa y Cayo Hueso.

Los habaneros de hace treinta años (aun no descoloridos del todo) recordarán un cierto tiburón que, acabado de pescar, varias personas de ligero juicio, colgaron en el sitio más visible de la Acera del Louvre, haciendo alusión a un histórico periódico político que acababa de expirar en aquellos días, siendo quitado inmediatamente de aquel lugar la maj oliente y espantable visión, gracias a la oportuna gestión de varias personas de respeto. Aquel período político, cuya actuación tratábase de enjuiciar con semejante ejemplo de mal gusto, comparado con otros, tumultuosos y desorbitados, que le sucedieron, resulta hoy verdaderamente paradisiaco... El Eclesiastés se equivocó al equiparar al hombre con el lobo, porque más en lo cierto hubiera estado comparándolo con el tiburón.

Las cosas son según su tiempo y las circunstancias que las rodean. Cuando el cubano no rebasaba los límites de un modesto pescador de pargos sanjuaneros, tenía suficiente con La Puntilla y las exiguas canoas



destartalados gu... y ligeros botecillos a remo que allí se guardaban; pero cuando ya sus aspiraciones traspasaron la línea, y se dedicó a la pesca de altura (agujas de veinte arrobas; canongías con pingües emolumentos, etc.) necesitó el «Puerto de Almendares», con sus yates trasatlánticos de 80 y 100 caballos para arriba. No obstante, nada iguala la grata emoción que experimentan los descoloridos de 1900, cuando sobre la toldilla de sus espléndidos yates, armados de los más costosos y modernos avíos de pesca y en compañía de rumbosos invitados de ambos sexos, evocan aquellos modestos, íntimos y regocijantes amaneceres del Café «El Alba» y «La Puntilla»...

*Dm. ag. 25/40*



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA